

LIBROS

Las claves de la angustia

Entre los libros de más éxito del año figura el recientemente publicado «Los mitos de Cthulhu», de H. P. Lovecraft (Alianza Editorial), completado con narraciones de otros autores. He aquí cómo un libro de cuentos de terror, presentado, es verdad, con su auténtica jerarquía literaria por Rafael Llopis, puede desplazar del interés general a novelas o relatos de aparentemente mayor dignidad. Al considerar este fenómeno, antes que la evaluación de las calidades intrínsecas de la colección aquí reunida, debemos plantearnos la búsqueda de las razones que justifican su impacto popular. No basta, en efecto —y lo sabe muy bien



Rafael Llopis—, estudiar la atormentada y a la vez nada relevante biografía de Lovecraft, perfilar con datos seguros su carácter misantrópico o su peculiar psicología sustancialmente constituida por una total desconfianza hacia el género humano —«... creía que nadie es capaz de comprender ni de amar a nadie y se sentía un extranjero en su patria», o insistir en el análisis de su leyenda. Su obra, lo mismo que la de cualquier

otro de distinto formato mental, hubiera pasado inadvertida si no hubiera salido al encuentro de una sensibilidad que la reclamaba. En este punto habrá, sin duda, que incidir para dar con las claves de un fenómeno que se nos manifiesta a través de muy heterogéneas expresiones, aunque una de las más significativas la suponga la intensa circulación experimentada por aquellos géneros —fantástico, ciencia-ficción, terrorífico—, que se alzan sobre una base puramente imaginativa e irracional. En un momento concreto de este siglo podría ser conectada tal circulación con la profunda influencia en el gran público de las filosofías existenciales. La angustia, nada metafísica pese a ciertas sospechas sin demasiado fundamento, que explicaba la considerable extensión del existencialismo literario en los años cuarenta y primeros cincuenta —angustia que surgía de un mundo caótico, cruzado por mil tensiones, y que tenía en zonas sociales históricamente amenazadas sobradas condiciones para su rápido desarrollo—, condu-

ría a muchos hacia la literatura fantástica, hacia lo maravilloso o lo mitológico, en versiones nuevas, de fácil digestión para el lector de la era tecnológica. Basta recordar la difusión lograda por un libro tan inquietante, y también tan soterradamente irracionalista, como «El retorno de los brujos». Tengamos asimismo presente, con referencia al ámbito español, la notoria presencia, en la producción librera para niveles masivos, de la ciencia-ficción, más cercana a los antiguos cuentos de terror. Todo invita a pensar en que, ante un porvenir incierto, determinados estratos sociales se consuelan refugiándose en mundos imposibles a través de la lectura o de otras formas artísticas, y aplacan su angustia con evasiones hacia lo imaginario, en un intento, obviamente estéril, de conjurar la amenaza real.

La aparición y el éxito de «Los mitos de Cthulhu», de Lovecraft, se inscriben, a nuestro modo de ver, en esta perspectiva. Creemos que el fenómeno que expresan exige una profundización del planteamiento que hemos formu-

lado, vía que puede conducirnos con seguridad a los orígenes de las inquietudes fundamentales registradas en amplios sectores de nuestra sociedad. ■ EDUARDO G. RICO.

Hacia una sociología de la literatura

Las investigaciones literarias realizadas por Lucaks, Goldman, Escarpit, Adorno, Barthes, Sanguinetti... anunciaban desde hace tiempo el nacimiento de una nueva ciencia: la sociología de la literatura. Por ello, el contrastar y aunar todos estos esfuerzos individuales —a pesar de sus disparidades metodológicas— podría significar un avance para la investigación. Los datos de que dispone un historiador de la literatura solamente podrían ser valorados adecuadamente por un sociólogo capaz de integrarlos en una gran síntesis y así relacionarlos con otros fenómenos políticos, religiosos, económicos... Estos fueron los propósitos del Instituto de So-

ARTE

Artistas españoles de la escuela de París (Galería Theo, Madrid)

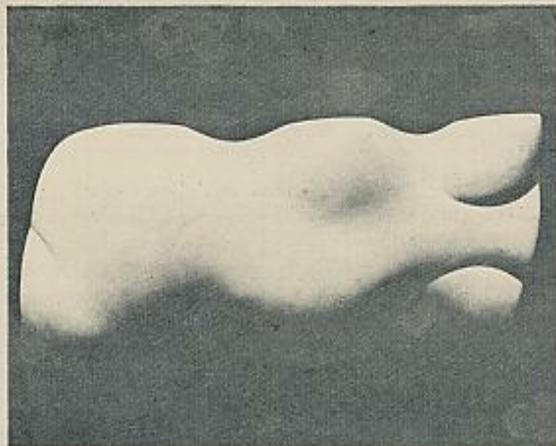
Vivimos los días de la tregua navideña. Aquí se parte el año artístico... y el año académico, y el año de casi todas las actividades. Empezamos en septiembre, tenemos tregua en Navidad y fin de año y terminamos en junio. En estas fechas, las salas de exposiciones prolongan un poco las actividades con las que empezaron el mes de diciembre, para luego, en los primeros días de enero, volver a empezar con nuevos bríos...

Al cronista aún le quedan muchas cosas por comentar, procedentes de la primera parte de la temporada artística, y ya volverá sobre ellas en crónicas sucesivas. Pero hoy deberíamos respetar la tregua.

Estos últimos días ha habido un tráfico singular entre los españoles de París y los españoles que exponen en París. Vale la pena un breve comentario.

Vuelven ahora juntos, creo que por primera vez. Sorprende la poca solemnidad de su retorno conjunto en este país que es tan dado al ceremonial conmemorativo, «operaciones españas» y cosas por el estilo. Uno a uno, si han vuelto, porque nunca acaba de perderse la querencia... Pero su retorno conjunto no lo ha organizado ningún museo, ningún centro o institución oficial, sino, simplemente, una galería particular. Es de agradecer.

La nómina coincide casi completamente con la de Mercedes Guillén, en el libro que le dedicó al mismo tema: Bores, Clavé, Condoy, Colmeiro, Fenosa, Gargallo, Ismael de la Serna, Juan González, Juan Gris, Julio González, Baltasar Lobo, Manolo Angeles Ortiz, Manolo Hugue, Miró, Oscar Domínguez, Joaquín Peinado, Picasso y Hernando Viñes. Se entiende que son «españoles de la escuela de París» los que viven allí desde antes de la segunda guerra mundial. Porque es evidente que la lista se podría ampliar muchísimo con nuevos nombres.



Baltasar Lobo. «La Serna».

Basta subrayar algunos de esos nombres —Picasso, Miró, Juan Gris, Manolo, Julio González— para comprender la enorme, la decisiva importancia que esa aportación española tuvo en la formación de la escuela de París. Pero es que los nombres que no están subrayados son también nombres fundamentales —recuérdese a Bores (el Bores de los franceses), a Clavé, a Lobo, a Oscar Domínguez, etcétera—.

No vamos a exaltarlos aquí

uno a uno como todos merecían. Lo malo que suelen tener los comentarios a las exposiciones conjuntas es que sus comentarios no pueden referirse más que al conjunto. Pero esta deficiencia nos llama la atención sobre un problema que, en algún momento, habrá que tratar aquí, en las páginas de esta revista, con la amplitud que no puede tener un simple comentario.

El catálogo que edita Galería Theo tiene dos pre-

ciosos comentarios a ese conjunto. Uno es de Jean Cassou; otro, de Fernando Chueca Goitia. Fernando Chueca sabe mucho de esa materia, porque, en la etapa en que él fue director del Museo de Arte Contemporáneo, hizo lo que pudo para traernos exposiciones personales de muchos miembros de ese grupo. En cuanto a Jean Cassou... Hay que agradecerle siempre a Jean Cassou su conocimiento de nuestras cosas. Claro está que él es algo más que un hispanista: es casi un español, nacido en España e hijo de española.

Hay que volver sobre ese tema. Mientras tanto, hay que agradecerle a la Galería Theo el esfuerzo que esta exposición significa.

Saura y Llorens Artigas, en París

Antonio Saura está exponiendo en la Galería Stadler; Llorens Artigas, en la Galería Maeght. He ahí otros dos nombres de una indiscutida universalidad.

Antonio Saura podría ser muy bien un inquisidor... o tal vez una víctima de la Inquisición. Puede ser una mez-